

REVISTA DE arqueología

Año 2 - Número 4 - Febrero 1981 - 250 pts

Tailandia: 17.000 santuarios de Buda

Restauración y Conservación

Thutmosis III, constructor imperial

La Cerámica Campaniforme (I)

Primeras huellas humanas en Palestina



ENTREVISTA

Director del Museo
Arqueológico
de Madrid

UN MONUMENTO UNICO



Menorca es, sin duda alguna, «un museo arqueológico al aire libre», como reza el eslogan turístico utilizado por uno de sus hermosos pueblos, el de Alayor, en el centro de la isla. Más de dos mil yacimientos terrestres, a los que habría que añadir los submarinos localizados en las aguas inmediatas, se reparten entre sus siete términos municipales, llegando en algunos de ellos, como es el caso del citado de Alayor, a alcanzar una densidad de cuatro monumentos por kilómetro cuadrado, que en ciertas comarcas, como la de Migjorn Gran, se eleva incluso hasta cinco. Dos mil lugares arqueológicos en 702 kilómetros cuadrados es todo un récord en conservación de restos del pasado, aunque la isla haya conocido, desgraciadamente como en tantos otros casos, destrucciones irreparables que han actuado lesivamente sobre su patrimonio histórico. La isla de Menorca posee también una

TAULAS DE MENORCA

belleza difícilmente igualable. Su ameno y bucólico paisaje es, contra lo que se pueda creer a primera vista, muy variado y cambiante. Sus pueblos, excepción hecha de algunos desastres arquitectónicos recientes y afortunadamente escasos, están perfectamente adecuados

al medio, que es pródigo, pero que exige esfuerzo constante a los habitantes de su vecindad.

Por Manuel Fdez-Miranda. Fotos: José Latova



Es una isla con pocas elevaciones (la mayor, Monte Toro, donde se alza el santuario que cobija a la patrona, tiene sólo 358 m), pero no monótona, con un territorio suavemente ondulado, donde las torrenteras recientes y los valles más antiguos se encajan en la roca formando conjuntos paisajísticos bien característicos. Los vientos marinos que azotan la isla, en ocasiones con furia poco desdeñable, terminan de marcar, ahora sobre la vegetación, la nota inconfundible de la fuerte personalidad del suelo menorquín.

En un ambiente similar se pobló la isla en fecha que todavía la investigación arqueológica no ha sido capaz de determinar. Sí parece seguro que desde los años tempranos del segundo milenio antes de Cristo el hombre puso sus pies en Menorca y, poco a poco, fue levantando esa ingente colección de monumentos pétreos que ya son paisaje y a la vez motivo de estudio de distintos equipos de arqueólogos deseosos de poder ofrecer con su trabajo la historia más antigua de la más oriental tierra española. El estado actual de nuestros conocimientos es aún bajo, pero es muy probable que los próximos años sean decisivos para la Arqueología menorquina, de continuar el ritmo de investigación que ahora se registra. Y, sin embargo, el conocimiento de los viejos monumentos menorquines es antiguo y la preocupación por su significado pareja. Una obra inglesa, recientemente reeditada en su versión caste-

llana, la *Historia de la isla de Menorca*, nos puede servir para introducir una breve reseña bibliográfica. Fue escrita por John Armstrong, ingeniero al servicio de S. M. Británica en Menorca, y vio la luz en Londres en 1752. Se trata de un delicioso texto que no sólo sirve para conocer el remoto pasado de nuestra isla; además, es un documento de primera categoría para comprender cómo un funcionario del gobierno inglés ve la vida en la colonia e intenta explicarla a su superior en varias y sucesivas cartas.

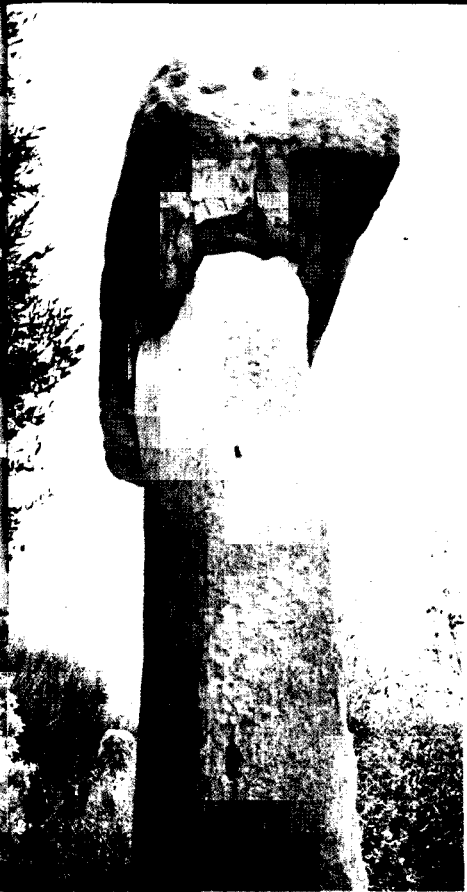
Más de cincuenta años transcurrieron desde la obra de Armstrong hasta la aparición del primer tratado sobre Arqueología de Menorca, donde las taulas quedan recogidas como monumentos bien singulares. Su autor, Juan Ramis (1746-1819), escribió varios trabajos relacionados con distintas áreas de conocimiento, pero fue, sobre todo, su libro *«Antigüedades célticas de la isla de Menorca desde los tiempos más remotos hasta el siglo IV de la era cristiana»*, aparecido en 1818, un año antes de su muerte, el que le dio más relieve en el ambiente de su época. La influencia de los escritos de contenido similar, ingleses, es evidente, y se refleja fielmente en el título y en toda la teoría celtizante sobre los monumentos menorquines, en la mejor línea de estudios como los de Stukeley, un curioso personaje obsesionado por los druidas, que estudió los conjuntos británicos de Stonehenge y Avebury, o Toland. Ramis debió co-

nocer esta literatura inglesa del siglo XVIII y por ello no debe extrañarnos el tono con que está redactada la que puede considerarse ópera prima de la Arqueología prehistórica española.

A lo largo del siglo XIX y primer tercio del XX son bastantes los autores, viajeros o investigadores, que citan de alguna manera las taulas menorquinas o que hacen alusión a hallazgos recogidos en ellas. Así, Della Mormora, Vives y Escudero, Hernández Sanz, Watelin, Baudouin, Hernández Mora, Kessler, Mérida, Chamberlin, Pons i Soler o Martínez Santaolalla, entre otros muchos menorquines y foráneos. Todas sus observaciones suelen estar realizadas a partir de la simple contemplación del monumento y su recinto o de hallazgos arqueológicos casuales y mal documentados. Se trata, por tanto, de una información válida, pero casi anecdótica, a la hora de usarla con planteamientos científicos actuales.

El panorama cambia en los años treinta, cuando la doctora Murray, profesora de la Universidad de Cambridge, decide iniciar una serie de investigaciones de campo en Menorca, centrándose en dos recintos de taula y sus construcciones anejas: Trepucó, junto a Mahón, y Sa Torreta de Tramuntana, al norte de esa ciudad.

Margaret A. Murray fue una incansable investigadora, formada a la sombra de Petrie, de quien fue colaboradora muchos años; realizó excavaciones en Egipto, Malta o Palestina. Sus trabajos



Ya en 1.752 se describieron las Taulas como "altares paganos"

(Izquierda) Pieza superior de la taula de Torre d'en Gaumés; en su fuente se labró, con posterioridad, un sepulcro antropomorfo. (Centro arriba) capillas del recinto religioso de Torralba d'en Salord, los pilares se apoyan en basas y delimitan las capillas. (Abajo) Torralba d'en Salord, laja que protege el altar; en su cara superior, y dentro de tres orificios, aparecieron otras tantas patas de un caballo de bronce, a sus pies se halló un toro también de bronce y terracotas ibicencas. (Derecha) Sa Torreta de Tramontana, vista lateral.

en Menorca ocupan casi el final de su activa vida de arqueóloga, aunque después continuó escribiendo muy interesantes estudios de variada índole, entre ellos su simpático *My first hundred Years*, aparecido en 1963, muy poco antes de su muerte. Sus trabajos sobre las taulas de Menorca se recogen en la serie *Cambridge Excavations in Minorca*: dos están dedicados a Trapucó (sic) y aparecieron en los años 1932 y 1938, el tercero a Sa Torreta, y fue publicado en 1934. Si estos tres libros se hubieran leído con atención por la mayoría de los investigadores que en estos últimos cuarenta años han tratado el tema de la taula, probablemente se hubieran escrito muchas menos incongruencias de las que se leen habitualmente. El hecho real fue que estas obras pasaron bastante desapercibidas entre nuestros científicos o no fueron debidamente valoradas por razones que se desconocen.

En cualquier caso, los trabajos de la Murray son la inauguración de la investigación científica sobre las taulas. Las excavaciones en Torre d'en Gaumés, realizadas primero por Flaquer y luego por Rosselló Bordoy y Plantalamor, y las que yo mismo codirijo en Torralba d'en Salord, junto a W. Waldren, completan el grupo de los recintos de taula hasta ahora investigados con método adecuado.

¿Qué es una taula? ¿Qué significado tiene? ¿En qué época se construyeron estos edificios y hasta cuándo estuvieron en uso? Estas tres preguntas, a las que, por supuesto, se pueden añadir bastantes otras más, sintetizan las principales preocupaciones abordadas por cuantas personas, investigadores o simples aficionados a la arqueología menorquina, han escrito —y mucho— con desigual fortuna sobre la singular taula menorquina.

Porque lo que no parece que en principio tenga discusión es la singularidad de esta construcción, que Mascaró Pasariu, uno de sus estudiosos más fieles y constantes, no ha dudado en definir como «el más antiguo, auténtico e inconfundible símbolo de Menorca». Y en efecto, hablar de taulas es un ejemplo casi único de asociación entre un peculiar monumento y una tierra concreta. Esto no es decir poco, si consideramos que casi todas las demás opiniones han provocado, con contadas excepciones, apasionadas discusiones científicas y extracientíficas, tanto en nuestro país como fuera de él.

Una taula está formada por dos grandes bloques, más o menos paralelogramicos, tallados en la roca caliza propia de la isla. Uno de ellos se sitúa en posición vertical, empotrado en el suelo o apoyado directamente sobre él, y el otro se coloca encima, pero en sentido horizontal. Se obtiene así un monu-

mento en forma de T que se asemeja a una enorme mesa de pie central, lo que provocó su nomenclatura popular en lengua catalana (Taula: Mesa), que ha sido unánimemente aceptada por los arqueólogos.

Las dimensiones de los bloques son muy distintas según los ejemplos que han llegado hasta nosotros. Además, la falta de excavaciones sistemáticas, en la mayoría de los casos conocidos, dificulta la documentación exacta de sus tamaños. Es sintomático, por ejemplo, que en la relación que Mascaró hace en su obra *Las Taulas*, dos de las tres totalmente excavadas entonces figuran como las de mayor altura para su piedra vertical. La taula de Torralba d'en Salord, en la actualidad, supera los cinco metros de altura, y algunas otras, que verosímelmente conocemos completas, aunque no hayan sido excavadas, se sitúan en torno a los 2,50 m. Entre esos límites, sin duda con excepciones posibles, deben colocarse la mayoría de las taulas conservadas.

La piedra vertical, o soporte del monumento, tiene la cara principal totalmente lisa. La posterior también, en la mayoría de los casos, pero en algunas ocasiones, como Son Catlar, Sa Torreta de Tramuntana o la citada Torralba d'en Salord, presenta un resalte vertical al centro, que en otros dos casos, Torre Llafuda y Torre Trencada, se convierte en una auténtica pilastra posterior adosada al soporte principal del monumento. Esta piedra suele estar orientada al sur, con variantes hacia el sudeste o sudoeste. Sólo en un caso, Sa Cavallería, mira al oeste, y en otros dos, Torralba d'en Salord y Torre Vella, al este. No se puede asegurar, por tanto, que se haya levantado con una orientación predeterminada, aunque no deja de ser sospechosa la frecuencia de la orientación meridional en muchos casos sólo aproximada.

El bloque horizontal, que cabalga sobre el soporte, tiene también medidas muy variables. Su longitud oscila entre los cuatro metros de Talati d'alt y el metro de Sant Agustí; la anchura varía entre dos y un metro, aunque la mayoría está en torno a la segunda medida. Con mayor o menor diferencia, la cara superior suele ser algo más larga que la inferior, lo que da al frente del bloque horizontal aspecto trapezoidal con el lado menor abajo.

En torno a este monumento se construye un recinto que repite siempre la planta de herradura, con el lado frontal principal recto y el resto en ábside. El portal de ingreso se abre en la fachada principal y debió estar siempre adintelado. Bella Ventura conserva aún la entrada casi completa y en otros casos el posible dintel se encuentra caído junto a la puerta. A veces, esta puerta tiene escaleras, como en Torreta de Tramun-

tana, donde hay tres peldaños descendentes; la situación del recinto, en un plano más bajo que el de la puerta, se repite en algunos otros casos, pero otras veces ocurre lo contrario, como en Talatí d'alt, y a veces no se percibe diferencia alguna de nivel. Sólo en un caso, el de Binimaimut, el ingreso se realiza por un lateral, lo que sin duda parece ser anomalía que sólo se podrá interpretar cuando se excave ese yacimiento.

El recinto está construido con la técnica característica que aparece en la mayoría de los monumentos megalíticos de Mallorca y Menorca. O un doble paramento, a ambas caras del muro, de bloques más o menos regulares, en casos de muy cuidada labra, que rellenan el interior con tierra y piedras de menor tamaño. O bien a base de bloques irregulares de grandes dimensiones o con grandes lajas verticales. No es raro que en un mismo recinto aparezcan las dos o tres variantes, incluso asociadas en un mismo sector o componiendo los distintos paramentos del muro en un mismo punto.

Este muro de cierre tiene varios elementos bien característicos. El paramento interior está cortado de trecho en trecho por un grueso pilar vertical que se apoya sobre una basa cuadrada o sobre la roca cortada a su imitación. Estos pilares se coronaban con otro bloque a modo de capitel, de pequeño tamaño, y delimitan una especie de capillitas o cubículos en forma de segmento de círculo que, al menos en el caso de la excavación de Torralba d'en Salord, fueron zonas ricas en hallazgos. En estas capillas, en un momento determinado de uso del recinto, se instalaron unos bancos corridos formados por bloques de piedras sobre los que se depositaban piezas.

Toda el área delimitada al interior del recinto presenta hallazgos arqueológicos, con concentraciones en ciertos puntos, a veces delimitadas por muretes de una sola hilada o por cavidades abiertas en el suelo. Este espacio es de dimensiones muy variables, pues los recintos cambian de tamaño sin que aparentemente existan razones para ello. Lo que sí se mantiene siempre es la disposición de las capillitas delimitadas por pilares, en principio en número también variable, aunque este extremo sólo se podrá comprobar con la excavación, o al menos limpieza, de un buen número de yacimientos, sino de todos.

Mascaró Pasarius ha catalogado más de treinta taulas y sus recintos en la isla de Menorca. Alguna es dudosa, tres han desaparecido, aunque de la denominada Font Redona tenemos algunas medidas aproximadas gracias a un manuscrito de 1817 enviado desde Sant Cristófol por el cura del pueblo a Anto-

nio Ramis, hermano del antes citado. De las que se conservan, sólo ocho están completas, es decir, con su piedra horizontal dispuesta sobre el soporte, mientras que las restantes aparecen más o menos destruidas.

Conviene señalar que, a excepción de los casos de Torre d'en Gaumés, donde parece existir una segunda taula muy discutible, y de Torre Llafuda, donde también se especula con un posible doble, todas las taulas aparecen en los poblados en un solo caso, y habitualmente junto a un talaiot, la torre defensiva y de habitación tan frecuente en Mallorca y Menorca y con paralelos en Córcega y Cerdeña.

Siguiendo un elemental orden cronológico acerca de la investigación en estos monumentos empezaré por las dos excavaciones ya citadas que realizó en la isla la doctora Murray. Desgraciadamente, y pese a que se han hecho ya algunas gestiones, los materiales arqueológicos recuperados en aquellos trabajos se encuentran aún en la Universidad de Cambridge, donde fueron depositados por la investigadora británica. No obstante, las publicaciones que de ellos se hicieron son lo bastante claras como para poder obtener datos del mayor interés.

Los primeros resultados que se publicaron corresponden a Trepucó. El libro de 1932 recoge, entre otros datos, los trabajos realizados en el recinto de taula. La contemplación de los materiales exhumados es suficientemente elocuente para fechar la utilización del *témenos*, como denominaba a ese espacio la excavadora, en fecha reciente, dentro de los siglos finales del último milenio. La excavación manifestó, en efecto, cerámica indígena de la fase final talayótica junto con algunas importaciones de época republicana y piezas ibéricas, entre ellas una jarra completa decorada con motivos geométricos pintados en tonos rojos. Es de gran interés la comprobación de la existencia de un depósito de cenizas hacia el lado este de la entrada al recinto, es decir, a su derecha, que evidencia una larga combustión localizada en un sector concreto y delimitado, pues en los muros más próximos ya no aparecen indicios de fuego. En otros puntos de la excavación también se documentó la aparición de algunas cenizas dispersas, pero sin el volumen ni consistencia de la zona singularizada.

La otra taula excavada por Murray fue la de Sa Torreta de Tramuntana. Aquí se repiten hallazgos de cerámica indígena tardía junto a materiales «cartagineses». También en este recinto se documentó la existencia de una zona preferente de acumulación de cenizas, esta vez al nordeste de la taula, es decir, también a la derecha del área cerrada, pero verosímelmente en un punto

más alejado del portal de ingreso. En el ángulo situado a la izquierda de la fachada principal, entre ésta y el arranque del muro en herradura, se localizó una capilla que cierra por el lado contrario al del recinto con un murete semicircular. La excavación parece ser que fue mucho más pobre en sus resultados que la de Trepucó, pero a grandes rasgos confirma los datos obtenidos allí.

El tercer recinto de taula excavado en la isla es el de Torre d'en Gaumés, en el término municipal de Alayor. Allí trabajó Flaquer en los años cuarenta, probablemente animado ante los resultados obtenidos por Murray, con quien había colaborado. En estos últimos años Rosselló Bordoy y Plantalamor han terminado el trabajo empezado por Flaquer en los años cuarenta, con resultados muy satisfactorios.

De los resultados obtenidos apenas tenemos una escueta noticia. De acuerdo con ella el material encontrado —cerámica ibérica, un vaso de Acco, dos fragmentos de cerámica campaniense y una lucerna helenística, además de la cerámica indígena y un fragmento de gorro frigio en bronce— proporciona una fecha para este monumento entre el siglo III a. de C. y el primero de la era.

En 1974 Guillermo Rosselló-Bordoy y Lluís Plantalamor volvieron sobre el yacimiento y, al limpiar el recinto de la taula, se apercibieron de que una zona había quedado sin excavar, sin duda



Aun quedan muchas interrogantes sobre el uso de estos monumentos

(Arriba, y de izquierda a derecha)

Talati D'alt, detalle mostrando cómo el apoyo de otra columna contra la taula es causal por su caída. Vista posterior de la taula de Trepucó con su recinto absidal. Torralba..., visión desde el portal del recinto religioso.

La misma taula, obsérvese el resalte en el bloque vertical y su correspondencia con un ensanchamiento de la piedra superior. (Abajo) Torre Trencada, falta de esbeltez por materiales de baja calidad o mal rematada.

Torre d'en Gaumés, pilares coronados por capiteles limitando las capillas o cubículos internos de ofrendas. Algunas taulas (Torre Trencada) tienen pilastras posteriores para sujetar la pieza superior coronado por capitel.

debido a que unos bloques de buen tamaño imposibilitaron el trabajo a Flaquer. Tampoco habían sido excavados los bancos de las capillas interiores. En una de estas zonas, junto a una urna de arenisca y algunas cerámicas talayóticas tardías, apareció una figurilla hecha en bronce que representa a Imhotep sentado, con el papiro parcialmente desenrollado sobre las rodillas y sujeto con ambas manos. La pieza posee un toso pivote bajo los pies, lo que es indicio seguro de su colocación en una peana de madera o bloque de piedra.

Imhotep fue un sacerdote-visir del faraón Djoser, es decir, III dinastía, que intervino en distintas obras oficiales y se ganó una reputación como médico y hombre de ciencia. En época saíta, siglos VII/VI a. de C., fue popularizado y equiparado a Asklepiós, siendo su culto relativamente habitual en ciudades del Oriente, lo que provocó una considerable producción de estatuillas con su imagen,, similares a la encontrada en Menorca. La inscripción que aparece en el papiro de la hallada en Torre d'en Gaumés parece ser de época helenística y realizada por una persona que comete errores al copiar el jeroglífico. Puesto que a partir de la conquista de Egipto por Alejandro el comercio de piezas egipcias es frecuente en Occidente y ante la fecha propuesta por la epigrafía, no sería de extrañar que el Imhotep de Menorca deba datarse, al menos en el contexto de la hipótesis

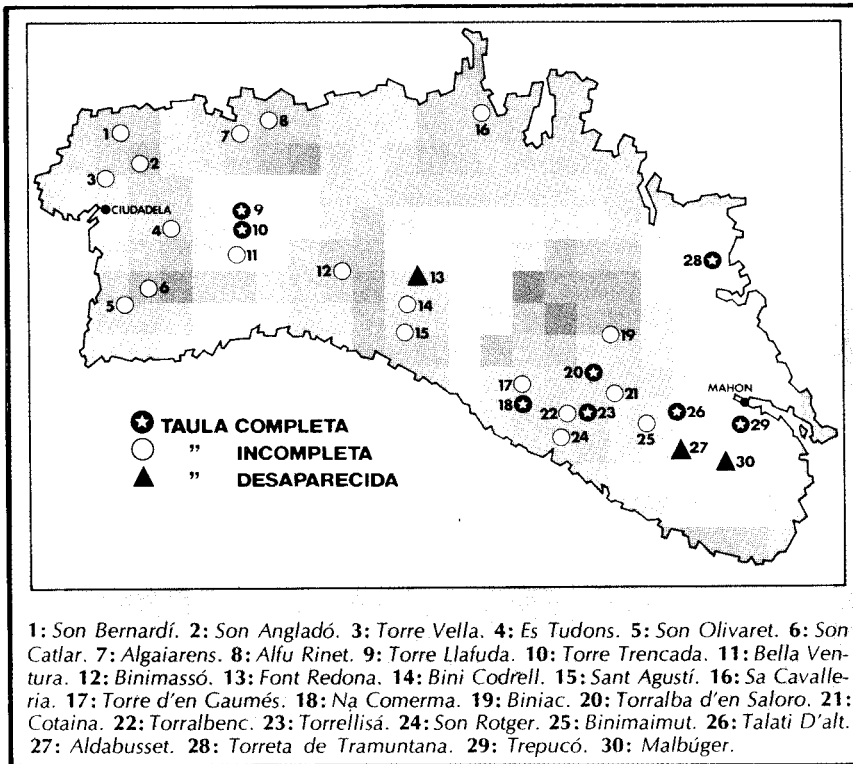
que estoy planteando y de acuerdo con los restantes materiales arqueológicos conocidos del yacimiento, a partir del último tercio del siglo IV a. de C.

El último recinto de taula excavado, aunque aún parcialmente, es el de Torralba d'en Salord, también en el término municipal de Alayor y no lejos de Torre d'en Gaumés. Tras seis campañas de excavación son ya bastantes los datos que el trabajo va ofreciendo, confirmando en gran parte los resultados que obtuviera en su día la doctora Murray y completándolos con nuevas aportaciones del mayor interés para descifrar la finalidad y cronología de estos lugares.

El recinto de Torralba d'en Salord es uno de los mayores que se conserva en la isla. Tiene un muro de cierre realizado en unas zonas con bloques bien cortados, mientras que en otras utiliza unos de mayor tamaño y talla descuidada o casi inexistente, que probablemente están reaprovechados de construcciones anteriores levantadas en la misma área. La excavación, en efecto, ha documentado poblamientos de distinta época en lo que sin duda son los restos de un gran poblado muy maltratado por encontrarse en una zona apta para el aprovechamiento agrícola y porque por su mitad transcurre una carretera local.

En su interior se sitúan trece capillas o cubículos que van rodeando el recinto, con disposición casi simétrica. Todos ellos poseen un banco adosado, colo-



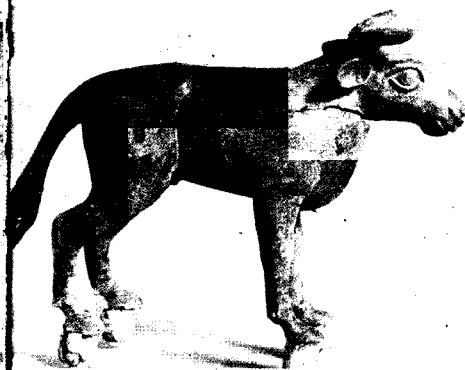


cado más o menos regularmente, y están separados de su inmediato por un bloque vertical o una laja que se adentra hacia el interior del recinto. En varios lugares del paramento interno se abren nichos, como ocurre en otros recintos de taula, pero en ningún caso contenían resto arqueológico alguno. La excavación facilitó una serie estratigráfica interesante y, además, un buen número de elementos para conocer la funcionalidad del recinto. La estratigrafía comienza, en su nivel cimero, con un poblamiento de época medieval, que se puede fechar en torno a la conquista de la isla por Alfonso III de Aragón. Por debajo se documenta el uso de la taula en época romana imperial y después otros dos estratos nos muestran la utilización indígena del recinto, con un horizonte claramente talayótico, pero sometido ya a las presiones culturales de otros pueblos extraños. Los hallazgos son bien característicos, con cerámicas ibéricas, campanienses y grises entre las hechas a torno para los dos niveles más bajos, y sigillatas diversas en el siguiente. La cerámica talayótica es abundante, con producciones que se fechan en la segunda mitad del último milenio a. de C. La datación radiocarbónica permite asegurar que el recinto de taula estaba en uso en la segunda mitad del siglo III a. de C. y se abandonó a fines del siglo II de la era. En época romana sufrió algunas transformaciones que no alteraron sustancialmente el significado del lugar,

aunque probablemente sí el ritual que se celebraba. Entonces aparecen lucernas, vasos de paredes finas, tapaderas y otros fragmentos de ánforas, cerámicas sigillata, etc. En la zona delantera de la taula, a la derecha del portal de ingreso, que aparece bien enmarcado por grandes sillares, documentamos también la existencia de una zona llena de cenizas muy compactadas, que dan la sensación de proceder de una combustión prolongada que se reactivó en múltiples ocasiones. Este fuego está delimitado en su base, sobre la roca virgen, por unos muretes circulares de piedras y se corresponde con las concentraciones de carácter similar que Murray notó en sus excavaciones. El resto del suelo del recinto está totalmente compartimentado por muretes, uno de los cuales cierra la taula por su parte delantera, formando pequeños departamentos en cuyo interior se depositan cerámicas y huesos de animales troceados, siempre cerdos, ovejas o cabras y bóvidos. En la zona ocupada por el fuego aparecen los mismos materiales. Sobre los bancos de las capillas laterales, y en recipientes ya de época romana imperial o tardo republicana, se repiten los restos troceados de animales. El hallazgo más espectacular se sitúa atrás y a la izquierda de la taula. En uno de estos recintos o capillas que van circundando la construcción, y con una gran laja como fondo, apareció un pequeño altar hincado en la roca vir-

Su nombre popular ha accedido a la terminología científica

(Arriba, izquierda-derecha) Torre Llafuda, la abundante vegetación menorquina degradaba los monumentos haciéndolos irreconocibles. Torralba..., la taula y su recinto con los capiteles separando capillas, al fondo forma absidal de la pared. (Abajo) Detalle de sujeción de la pieza superior (Torre Trencada). Toro en bronce al pie del altar en el recinto de Torralba..., está fundido a la cera perdida y conserva bajo las pezuñas restos de plomo y cal que demuestran que la pieza estuvo embutida en orificios abiertos en una superficie plana, similar al altar descubierto en las inmediaciones.



gen con los restos de una figurilla de bronce, quizá un caballo. De la figura se conserva solamente la parte baja de tres de sus cuatro patas engastadas mediante plomo en orificios practicados en la cara superior plana de la piedra sagrada. A sus pies otra figura, ésta completa casi en su totalidad, de otor, hecho también en bronce, apareció junto con dos pebeteros en terracota de tipo ibicenco y algunas otras cerámicas indígenas. El toro está tratado con técnica similar a otros parecidos hallados en Mallorca (los de Costitx, de mucho mayor tamaño, son, sin duda, los más conocidos) y está fundido a la cera perdida. En sus patas hay restos de plomo y bajo ellas unas pequeñas cuñas, lo que nos indica que esta figura estaba también pensada para ser colocada sobre un altar o mesa.

Todo lo dicho, aunque brevemente, sobre los cuatro recintos de taula es, creo, suficiente para intentar en pocas palabras más situar este monumento en el tiempo y también para indagar acerca de su posible funcionalidad. Parece claro el carácter religioso de estos recintos, contruidos en torno a la taula como centro del lugar cultural y repitiendo en sus estructuras un tipo de distribución que debe estar relacionado con el ritual que se desarrollaría en ellos: bancos para ofrendas, hogueras, donde se arrojan animales troceados y otras piezas, compartimentos en el suelo donde se disponen distintos objetos, incluyendo, por ejemplo, monedas

republicanas romanas, capillas rodeando el interior del lugar, etc. El hecho de que aparezca una sola taula por poblado también puede ser un elemento importante a la hora de interpretar este recinto como lugar religioso de una comunidad que vive en un mismo pueblo.

Un problema frecuentemente debatido es el referido a si estos recintos estuvieron alguna vez cubiertos o, por el contrario, eran templos al aire libre. Las excavaciones realizadas parecen apoyar claramente la segunda posibilidad, si bien es cierto que ésta es una opinión sujeta a modificación según vayamos conociendo nuevas excavaciones. Cabe únicamente la posibilidad de que las capillas, en un área reducida, estuvieran en algunos casos protegidas por una falsa cubierta lograda mediante desplazamiento de hiladas hacia el interior del recinto.

La idea de la cubierta en lajas de piedra debe descartarse totalmente. No hay evidencias arqueológicas y esta solución sería harto compleja técnicamente. El techado leñoso o de arbustos tampoco ha encontrado comprobación y además está el dato de la enorme distancia que habría que cubrir. Contra la cubierta tenemos sobre todo el hecho de la existencia en el interior del recinto de un fuego de notable envergadura, que obligaría, cuanto menos, a dejar al descubierto la zona donde se desarrolla la hoguera ritual. Todo ello sin contar además que no parece muy razonable construir un monumento de la envergadura y dificultad de una taula, con su cuidado trabajo, para luego taponarlo bajo un techo de arbustos y ramaje, si bien este punto de vista último es simplemente lógico y carece de la oportuna comprobación real, como es evidente.

En cuanto a la cronología de estos monumentos también creo que en el estado actual de la investigación puede afirmarse que se levantaron en fecha relativamente tardía, dentro de los tiempos prerromanos de la isla. Nada hay ni en Trepucó, ni en Torreta de Tramuntana ni en Torralba d'en Salord que nos permita pensar en una fecha anterior al siglo IV a. de C. En Torreta d'en Gaumés queda la duda de la interpretación cronológica de la estatuilla de Imhotep, que podría elevar en principio algo más la cronología para ese recinto, pero con el conjunto de materiales conocidos procedentes de ese yacimiento, la datación parece similar a la dada para los otros tres. Para el final de su uso Torralba d'en Salord ha proporcionado materiales y fechas absolutas que lo colocan en torno a los años finales del siglo segundo de la era. Este es un dato importante, pues viene a corroborar la tesis defendida por algunos investigadores a propósito de la

continuidad de formas de vida indígenas, en este caso de carácter religioso, tras la conquista romana e incluso tras un largo período de supuesta, y sin duda comprobable aculturación.

En conclusión, para mí las taulas con sus recintos son lugares de culto donde se adoró a dioses que se materializaban en figuras de animales como el toro, lo que es corriente en todo el Mediterráneo occidental a lo largo del último milenio. La propia taula pudo haber sido objeto de culto por sí misma, aunque identificar su símbolo con alguna divinidad concreta es hoy por hoy tarea compleja sobre la que comienzan a esbozarse las primeras hipótesis tras una serie de especulaciones que en la mayoría de los casos son totalmente gratuitas. El recinto, en mi opinión, está descubierto y en él ardía, en época prerromana, una gran hoguera en honor de la divinidad o para celebrar determinados rituales relacionados con ofrendas. La romanización mantuvo estos sitios como lugares de culto, al menos durante bastantes años, pero introdujo algunas modificaciones en el ritual: la hoguera dejó de arder y en las capillas laterales se colocaron unos bancos sobre los que se depositaban las ofrendas de vasos hechos ya a torno de tipo romano en cuyo interior se colocaban los restos de los animales sacrificados •

Manuel Fernández-Miranda (Gijón, 1946) es doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, en cuyo Departamento de Prehistoria ocupa el puesto de profesor agregado. Ha trabajado especialmente en Andalucía occidental sobre problemas vinculados al mundo colonial fenicio y la cultura tartésica y en las islas Baleares, donde ahora dirige, con W. Waldren (Universidad de Oxford), las excavaciones de Torralba d'en Salord (Menorca) dentro de un plan de investigación sobre la prehistoria menorquina. Miembro de varias instituciones españolas y extranjeras, desempeña en la actualidad el cargo de Subdirector General de Arqueología en el Ministerio de Cultura.

BIBLIOGRAFIA

- Fernández-Miranda, M.:** *La fase final de la prehistoria de Menorca y los primeros contactos de la isla con el mundo clásico*. Revista de Menorca, LXVII (1976), págs. 5 y ss.
- Flaquer, J.:** *Alayor*. Noticiero Arqueológico Hispánico, 1 (1952), págs. 99 y ss.
- Mascaró Pasarius, J.:** *Las Taulas*. Revista de Menorca, número extraordinario (1968), págs. 213 y ss. *Contiene toda la bibliografía hasta la fecha de edición.*
- Mascaró Pasarius, J.:** *Prehistoria de las Baleares*. Palma de Mallorca, 1968.
- Murray, M. A., y otros:** *Trapuco I, Londres, 1932. Trapuco II, Londres, 1938. Sa Torreta, Londres, 1934.*
- Pericot García, L.:** *Las islas Baleares en los tiempos prehistóricos*. Barcelona, 1975.
- Rosselló-Bordoy, G., y otros:** *Imhotep, hijo de Ptah*. Trabajos del Museo de Mallorca, 17 (1974).
- Serra Belabre, M.ª L., y otros:** *Historia de Menorca*. Tomo I. Maó, 1977.